



AVISOS

NOTICIAS DE LA
REAL BIBLIOTECA

AÑO VI, Nº 27. DICIEMBRE 2001

LA GÉNESIS DE UN PROYECTO:
CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
DE LAS TRAZAS DE JUAN DE HERRERA

El proyecto de restaurar y conservar adecuadamente las llamadas Trazas de Juan de Herrera y sus seguidores, un legado — en ocasiones maltrecho — de setenta y dos dibujos arquitectónicos proyectados en su mayoría para construir el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, ha sido un empeño científico propuesto y coordinado por la Real Biblioteca, donde se conserva este valioso patrimonio desde su adquisición en 1912 por el rey Alfonso XIII. La finalidad del proyecto no era conseguir una restauración circunstancial que culminase en la exposición de los dibujos y su consecuente catálogo con fotos y fichas. En línea con el planteamiento de la labor de descripción como parte de la investigación histórica que se hace en la Real Biblioteca, se pretendía alcanzar un estado de conservación

estable y duradero de las Trazas y producir una herramienta de investigación rigurosa y de actualidad. La exposición final de las Trazas supondría, así, la constatación pública del logro de ese objetivo menos efímero y más ambicioso: garantizar la conservación de este conjunto excepcional de dibujos en el mejor estado físico posible y conocer de forma científica su génesis y las circunstancias históricas que rodearon su producción. Se partía, por lo demás, de un requisito irrenunciable: el Equipo de la Real Biblioteca y el Laboratorio de Restauración del Patrimonio Nacional debían contar con la colaboración de los mejores especialistas para formar un grupo de actuación del más alto nivel. El trabajo debía reunir historiadores del arte, arquitectos y restauradores. A la Real Biblioteca, como promotora y directora del proyecto, le incumbía coordinar las diversas actuaciones para hacerlas converger en una acción integrada. La Fundación Marcelino Botín tuvo la generosidad y la lucidez necesarias para sufragar un proyecto cuyos resultados no eran inmediatos, aunque habrían de ser duraderos.

Los primeros trabajos se centraron en establecer el perfil académico y profesional de los dos niveles investigadores necesarios, determinar qué información debía suministrar cada segmento de investigación y proporcionar las pautas que facilitasen la integración de las diversas investigaciones en registros bibliográficos automatizados y coherentes, adaptados a la normativa internacional que asegurase sus posibilidades de intercambio informatizado. El trabajo partió de la reconversión de las descripciones del catálogo de 1944 consultables en la base de datos IBIS, gestionada por Absys. Se digitalizaron las microfichas que reproducían las imágenes de esta publicación para facilitar el trabajo a los historiadores y a los dos becarios del proyecto. Estos últimos, seleccionados tras una convocatoria pública, se encargaron de actualizar exhaustivamente la bibliografía generada por cada Traza. El estudio en profundidad de los dibujos fue responsabilidad de tres especialistas de reconocido prestigio en historia del arte, arquitectura y dibujo españoles del siglo XVI, cuyas conclusiones se reflejan en tres extensos artículos que suponen el estudio más integral y completo realizado hasta la fecha sobre el conjunto de las Trazas (*vide infra*).

Simultáneamente a estos trabajos, el Equipo de Restauración inició su tarea. Los resultados obtenidos tras su intervención deben considerarse como una de las mayores y más importantes actuaciones en obra sobre papel del Departamento de Restauración del Patrimonio Nacional, que en todo momento se benefició de la asesoría excepcional de las escuelas internacionales, representadas por los profesores Paolo Cristostomi y Andrea Giovannini, cuyos puntos de vista fueron contrastados con los de la escuela nacional representada por Rosario Gómez Virseda, Andrés Serrano y Vicente Viñas Torner.

Los resultados de los tres tipos de trabajos se fueron incorporando a los registros de forma escalonada. La lectura y transcripción de las anotaciones, las modificaciones de los campos de autor y título, la nota de sumario donde se resume el historial bibliográfico de cada pieza, fueron revisadas por la Real Biblioteca para su sistematización, control de autoridades y codificación en el formato IBER-MARC, y por los historiadores, que hicieron una lectura desde el punto de vista del contenido. El resultado final ha sido un registro bibliográfico modélico en el que el investigador dispone de una descripción física completa y un resumen exhaustivo de las investigaciones sobre la pieza, ordenado de forma cronológica y referenciado bibliográficamente. Las operaciones de restauración y las referencias a las fotografías del proceso y resultado final nos fueron facilitadas por el laboratorio de Restauración y se codificaron, racionalizadas, en sus campos correspondientes. El nuevo sistema informático de la Real Biblioteca permitirá el acceso electrónico a estas imágenes que reconstruyen el tratamiento de cada uno de los dibujos y proporcionan al investigador una imagen esencial, la de la filigrana de papel.

La excepcional importancia de las Trazas, su azarosa aventura desde que el incendio de 1734 las sacó del Alcázar hasta que la adquisición de Alfonso XIII las reintegró en 1912 al Palacio Real, culmina ahora saldando una deuda con la investigación, que a partir de este momento dispone de un riguroso instrumento de acceso a este legado excepcional, custodiado para todos, a partir de ahora, en el mejor estado de conservación posible.



AGUSTÍN BUSTAMANTE GARCÍA (UCM)
JAVIER ORTEGA VIDAL (ESA)
DELFIN RODRÍGUEZ RUIZ (UCM)

En marzo de 1912 el rey Alfonso XIII compraba un *Álbum de planos y dibujos de El Escorial*, que depositó en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid. Era un conjunto formado por setenta y dos dibujos, en su mayoría referidos al Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial, que se deshizo en 1913, con lo que desapareció dicho objeto sin que nadie lo hubiese estudiado. Ya deshecho el *Álbum*, diferentes historiadores hicieron estudios puntuales de algunos de sus planos, como los referidos a la Alhambra de Granada y al Palacio de Carlos V de dicho lugar, a la Huerta del Picotajo de Aranjuez y al Palacio Ducal de Lerma, pero el trabajo más elaborado fue la catalogación de las trazas escorialenses, que mereció una publicación específica en 1944.

Afortunadamente, en el primer año del siglo XXI sale a la luz el primer estudio completo de aquel extinto *Álbum* comprado por Alfonso XIII, que hoy se custodia en dos carpetas en la Real Biblioteca. El empeño ha sido de calidad, ya que se ha llevado a cabo una tarea restauradora, catalogadora y de estudio. El corazón del libro lo forman las fichas catalográficas de cada una de las trazas que configuran dicho tesoro, meticulosamente elaboradas por Luis Zolle Betegón y Luis Ramón Laca, integrando en cada papeleta las correspondientes fotografías del recto y vuelto de cada dibujo. Esta tarea es fundamentalmente descriptiva y recoge los diferentes testimonios emitidos sobre cada dibujo a lo largo del tiempo. Tarea ardua, que los futuros investigadores no dejarán de agradecer. Las fichas se completan con su bibliografía, detalles técnicos sobre la restauración, códigos fotográficos que las identifican y signatura.

Al catálogo de las Trazas le suceden tres estudios muy distintos y específicos referidos a los dibujos. Agustín Bustamante García estudia la configuración del núcleo arquitectónico cortesano bajo Felipe II, desde Gaspar de Vega a Francisco de Mora, y su larga pervivencia durante el siglo XVII con artífices como Juan Gómez de Mora y Alonso Carbonel. Se documentan sus importantes actuaciones en las obras reales, así como el aprovechamiento por parte del duque de Lerma de los artistas del rey, todo ello analizando y datando cada traza pormenorizadamente. Bustamante especifica el modo de dibujar arquitectura durante la regencia del príncipe Felipe, representado en la traza de la Casa de los Oficios del Pardo, hecha por Gaspar de Vega, y estudia el nuevo modo de dibujar y la nueva función que la traza desempeña en las obras reales con Juan Bautista de Toledo y su discípulo Juan de Herrera. La idea albertiana de arquitectura y diseño, y el nuevo sistema de dibujo lineal configurado por Bramante en Roma, es lo que aplicará a gran escala en la corte Juan Bautista y Herrera. Y a este género de dibujo operativo, de traza rigurosa, que tanto le placía al rey, se deben todos los grandes proyectos escorialenses, que son el conjunto más numeroso e importante de los dibujos de la Real Biblioteca, y de las restantes obras, como la fantástica ordenación del Picotajo. La confluencia de este sistema con la noción flamenca de las vistas, dan lugar al interesantísimo dibujo del canal navegable de Jerez, una prueba excelente del sincretismo de la corte de Felipe II.

Javier Ortega Vidal configura su estudio en dos segmentos: el primero referido al dibujo en España desde los Reyes Católicos, en un recorrido tanto por los testimonios conservados como por los estudios de Matemáticas y de Cartografía, para señalar el gran peso de Serlio en España desde 1552. Se insiste en la gran transformación que para el dibujo de arquitectura en España representaron Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera y el incremento de nivel de destreza gráfica que desde ellos se aprecia en el dibujo español de arquitectura. La segunda parte es un estudio pormenorizado de cada una de las trazas que custodia la Real Biblioteca, dispuestos en seis apartados: Granada, El Pardo, El Escorial, Varios, Burgos y Madrid.

Delfín Rodríguez Ruiz realiza un polémico estudio sobre las dos trazas granadinas del extinto *Álbum* referidas a la Alhambra en su conjunto y al Palacio de Carlos V en ella levantado. Tras una meticulosa revisión de lo publicado hasta la fecha, el autor polemiza con todas las propuestas hechas de autoría y fecha, así como de las funciones de tales dibujos, incluyendo en la discusión la traza del Palacio de Carlos V conservada en el Archivo Histórico Nacional. El resultado final de todo ello es la atribución de los tres dibujos a Pedro Machuca y su datación. La traza más antigua es la del Archivo Histórico Nacional, datable entre 1537 y 1539; la segunda sería la gran traza del conjunto de la Alhambra, que no es un proyecto sino un levantamiento, y que se fecha en los años centrales de la década de los cuarenta del siglo XVI. El tercer dibujo, llamado traza pequeña, y que representa el Palacio carolino a secas, lo considera también autógrafo de Pedro Machuca y lo data en los primeros años de la década de 1550.

De este modo, y casi un siglo después de que Alfonso XIII adquiriera el *Álbum de planos y dibujos de El Escorial*, este se pone completo al servicio de todos los estudiosos del arte español de los siglos XVI y XVII, enriqueciendo de este modo nuestro legado y nuestros conocimientos.

LA PLUMA DE ORO

PABLO ANDRÉS ESCAPA

Como «de corral ajeno», por respetar la escrupulosa expresión que empleara don Belarmino Picatoste en carta que dirigió en 1905 al conde de las Navas, infiltramos en esta sufrida página de *Avisos* una curiosa noticia pajarera que se había disipado en una caja de expedientes sin tramitar. «Tomo por tercera vez la pluma al vuelo» —persiste en las figuraciones aladas el infatigable Picatoste— «para comunicarle que llevo veintitantos días incubando el majín en procura de noticias sobre la *ave raris* [sic] que en el papel que ahora tengo el gusto de remitirle llaman *paleoturquilla*. Como entendido que usted es en todo género de volatería, es mi deseo tener confirmación de si alguna vez ha visto espécimen semejante, y si es posible me aclare usted el extremo de que la dicha paleoturquilla es, en efecto, ave de plumaje rizado, carácter pendenciero y canto desapacible, como dice el papel. También pone en una nota al margen, que, guisada al oporto, la paleoturquilla mitiga algo sus arterias, cosa que sin otros elementos de juicio que la mentada pintura del ave, y el interrogatorio a que he sometido a varios pajareros de mi confianza, los cuales no han sabido responderme, me permito dudar».

Aclaremos que don Belarmino consultó al conde de las Navas después de conocer la publicación de don Gualberto *De galli-*

nas (y sus concomitancias), aparecida en 1902. En esa obrita, el antiguo bibliotecario de la Real hace alarde de sus conocimientos bibliográficos sobre el tema y expone su librería avícola a la curiosidad de los lectores. Nada menos que ciento catorce obras impresas y nueve manuscritos, entre los que destaca por méritos propios el anónimo *Alharacas del huevo duro*. Don Belarmino deja entender en su carta que ya había escrito otras dos veces al conde de las Navas, al parecer sin respuesta. En este tercer suplicatorio, confía en que el erudito bibliotecario no siga el mal ejemplo de San Pedro y «deje cantar al gallo» sin negar su voz una tercera vez. Tan feliz nos parece hoy esta imagen, tanto ha conmovido nuestra sensibilidad de hombres acaso endurecidos por el excesivo trato de las letras, que hemos decidido abrir el corral a este pájaro y hasta condescender al gusto de su lenguaje figurado para presentarlo. Por otra parte, el silencio de don Gualberto resulta sospechoso. Tal vez no tenía noticia de la paleoturquilla y su orgullo de bibliógrafo de obras volátiles le llevó a acallar la noticia que hoy ofrecemos. También pudiera ser que en el envío de Picatoste no viera más que el graznido del envidioso que busca el reconocimiento público a través del maestro. Porque el amigo Belarmino se atreve a pedir a don Gualberto que haga público el documento en la prestigiosa biblioteca avícola del «Gallo de Plata», que lo prologue con un retrato de la humanidad del remitente —atento a las pinceladas biográficas que le envía en folio aparte— y que complete este perfil con la transcripción de su expeditiva receta del «pavo a la soflama rústica». Dada la oportunidad de fechas navideñas la transcribimos aquí, al tiempo que nos reconocemos incapaces de postularle mejor posadero en otro palo. Van entre corchetes las intervenciones del editor: «Tómese un pavo gruesigraso, desmóchesele, [desplúmeselo], úntesele sin duelo de mantécale [sic] y combústase al *sápore* rústico». Resueltamente esdrújulo se mostraba don Belarmino en este impávido apunte culinario.

El perfil que podría componerse del singular Picatoste a la luz del folio de apuntes que remitió al conde de las Navas, habría de insistir en su condición prioritaria de amigo de los pájaros, manía, advierte, que en él es natural, «como el comer». Se dice saludable catador de gallinejas y buen imitador de la voz del *guirguero*, que en episodios de queja transcribe como *chafarrii*, *chafarrin*, *chicoio* y en periodos de furia o vigor *chivali*, *vali*, *valiö*, *cha*, *cha*, *cha*, *chau*. También confiesa el amigo Picatoste su condición de filósofo vernáculo, es decir, crítico —cuando no sinceramente hostil— a ideas extranjeras sobre la cría de algunas aves de jaula en particular y de la mujer en general. Una última pincelada que destacamos de la humanidad de Picatoste —confiados, siempre, a sus propios apuntes—, es su inclinación a renovar el lenguaje. Ejemplo de esa preocupación neológica, diríamos, es la propuesta —fecha da en 1905, no lo olvidemos— de la voz «musitador» para referir su pericia natural en el cómputo de puntos de mus.

Olvidemos ahora en lo posible al hombre y valga por su memoria arrumbada en una caja de la Real Biblioteca el documento que vamos a transcribir, que en lo sucesivo deberá figurar en toda bibliografía sobre aves que se imponga la exhaustividad, por no decir en toda historia del reino natural. Por cierto que la peripecia del manuscrito fue también extraordinaria, dada la combinación de laboriosidad y fortuna que propició su llegada a manos del corresponsal de don Gualberto. Picatoste acudió cierta mañana plomiza a casa de un sastre llamado Damián Cerrillo a cobrar una antigua deuda de juego. En vista de que el deudor no se resolvía a pagar «y hasta se me ponía gallito» —denuncia, airado, este amigo de las aves— lo amenazó intimidándolo con la descarnada voz del chotacabras en periodo de muda y acompañó ese grito espantoso con sacudidas furibundas de las solapas del sastre, «con intención de amilanar a aquel pollo por donde más le dolía, o sease, por la indumentaria». Convencido del peligro, el sastre extrajo del falso forro de un patrón de batín austríaco que guardaba en un armario, el manuscrito de marras, herencia salvadora de un tío cura de su madre, y se lo confió a Picatoste como valor en depósito junto con el compromiso de cortarle una levita de franela sin cobrar. No hay más noticias de la procedencia ni de la autoría de esta pieza curiosísima transcrita por mano del siglo XVIII, pero con una prosa que hace recomendable postular que estamos ante una copia sacada de documento de mayor edad. A la espera de publicarlo íntegramente —incluida la glosa marginal sobre el modo de guisar la paleoturquilla al oporto— ofrecemos ahora una transcripción parcial (*):

«En el nombre de Dios y de Nuestra Señora. Con el natural celo que siempre persiguieron los hombres por acrecentar el conocimiento, según dieron ejemplo antiguo Galeno e Hipócras en la ciencia del curar, Licurgo en el buen gobierno, Avicena en virtudes de yerbas o Alberto Magno en el libro de las piedras que compuso, tomé yo el camino de contar las maravillas de la natura, y entre todas sus creaciones las de las aves, de las que también trataron sutilmente el Aristóteles y Claudio Eliano, por más que ambos autores, con ser tan probados en su ciencia, tan elocuentes en sus cláusulas y tan felices en su invención, se engañaron haciendo sitio en sus obras a muchedumbre de historias fabulosas, al tiempo que descuidaron otras muy ciertas, y bien por falta de experiencia, bien por ignorancia de verdadera religión, incurrieron en notables errores e imperfecciones. Lo que yo pongo ahora por escrito es noticia probada por estos ojos fatigados de lectura, quienes humildemente reconocen deber menos a su afán de estudio que a revelación generosa del creador del mundo, el cual vino a sacarlos de ignorancia muchas veces y a mostrarles, como por ensoñación, lo que el cansancio acaso les vedaba. Y pongo comienzo a mi obra la noche misma de la Natividad, luchando contra el sueño que quisiera ya vencerme sobre el escritorio, fiado de la gracia de Dios y de la luz de esta vela que temblorosa me guía por el papel.

[...] Y por completar ahora esta parte de los piélagos australes, daré razón, con el natural amor a la verdad que siempre he profesado, de la figura de la ínsula de Helligolad y por qué vienen a la ruina tantas naves cuando tratan de acostarse a su margen. Su forma es de huevo por armonía de los ídolos que allí se adoran, cuya es esa misma figura, y por la obra concertada de las mareas y la luna, que en aquella parte tarda en llenarse treinta y cinco jornadas, las mismas que emplea el mar en dar abrazo creciente a la ínsula labrándola con su envoltura en esa armoniosa manera. La marea es sostenida en todo el dicho periodo y no retrocede una sola vez hasta haber completado su ciclo. Cuando ha llegado a su extremo más alto, la trigésimo quinta noche, gritan en reunión sobre una piedra circular unas admirables aves de las que trataré más adelante, a las que los naturales de la ínsula les están agradecidos por creer que con su canto hacen retraerse al mar, que en verdad vuelve naturalmente a su ser, y los salvan así de morir ahogados. Es verdadera maravilla de esta ínsula menguar cuando se la avista desde navío y se pone rumbo a ella. Con la tierra de Helligolad finge también merma, hasta hacerse irreparable, un cinturón de rocas que rodea la ínsula, lo cual es causa de terribles naufragios entre marinos ignorantes de este engaño. Solo por la punta oriental, donde los escollos se interrumpen unas horas el día que la marea alcanza su límite, hay estrechísima salvación para quien espera rescate. Tal es la aciaga figura de esta ínsula, donde todos los frutos son amargos, por más que promete venturas vegetales a lo lejos. Pero todo es ilusión que se trueca luego en naufragio penoso y destierro inaccesible para aquel a quien la adversa fortuna precipita un día en sus playas.

[...] Diré ahora de la apariencia de aquella ave, ignorada de todos los físicos que trataron antes de pájaros, que los naturales de Helligolad llaman paleoturquilla. Los pollos de esta crianza tienen el capricho de nacer más grandes que sus padres, a quienes acaban por igualarse al cabo de unas horas de haber invadido el mundo. Por eso debiera ser este ave emblema de modestia. A la vez que menguan de cuerpo les va creciendo el pico, que en las nacidas de género femenino toma color transparente y despidе un olor pare-

cido a la salvia madura. En cantar son madrugadoras pero en lo demás vienen a amigarse con todo género de pendeencias y compiten entre sí por poner la cabeza a la sombra [...] Es de notar cómo las paleoturdillas, que sobre tierra dan pruebas sobradas de torpeza y villanía, tórnase en aves mayestáticas una vez entregadas al reino aéreo. Vistas en vuelo semejan sus alas extendidas las del gerifalte y pican con la gracia del neblí; en remontar son de la misma industria que el alforre, que parece a quien lo mira que fuera a desfallecer y no ceja en cambio en el ascenso, aunque más desapacibles en el grito. Su linaje no está recogido en parte alguna pero los naturales de Helligolad, donde estas aves crían espontáneamente desde antiguo, las hacen de nación hispánica, y las juzgan herencia de un gallo longareto que hacía la carrera de Etiopía en una nave que vino a naufragar en aquella parte.

[...] Los naturales de Helligolad entienden todas las lenguas del mundo pero ignoran los cultivos; caminan de puntillas, evitan a los náufragos y solo se alimentan de cabezas de pescado. El resto lo regalan a las paleoturdillas, que rehuyen el mar pero admiten sus frutos. Los grabados que los hombres de esta ínsula inciden en sus ídolos parecen afirmar que sin la dicha ofrenda causarían gran revuelta entre las aves y peligrarían sus embarcaciones por un fuego avivado en el rencor de los pájaros hambrientos. A cambio del fácil alimento, las paleoturdillas se dejan tomar cierta pluma de la cola, que, una vez mojada en agua de mar, tiene la virtud de rizarse como una onda y de flotar por más que quiera hundírsela. Moldeada de esta suerte, la pluma finge fulgores de oro las noches lunares y es fama que sabe atraer tormentas de nieve cuando se la abandona al reposo de una sombra. Los naturales de Helligolad disfrazan con esas plumas sus toscos anzuelos, y con tal argucia engañan a los sorgos, haciéndolos venir en superficie a cebarse mortalmente en su curiosidad.

[...] Entre las paleoturdillas se cuentan varias suertes. Las hay inclinadas al apetito lujurioso, y en su furor dan las de ese grado en perseguir ciertas cabras rubicundas que pueblan la parte baja de la ínsula; otras anuncian con su estornudo la salida de Orión; otras, que llevan emplumadura en las patas, son de natural escrupuloso y saben percibir las aguas subterráneas. Hay, por fin, un ramo de paleoturdillas que ha de venir del gallo náufrago de España, y esto, digo, por las indudables pruebas de religión que supieron dar en ocasión tan señalada como la que mi pluma se esfuerza ahora por recordar, que fue caso tan admirable que más estaría tentado a juzgarlo fábula a fantasía movida por tantas horas de vigilia sobre estos papeles, que letra a noticia. Cumplíase, según ahora me parece, el séptimo año de mi penuria en la ínsula, si las lunas engañosas de tan apartado mundo no bastaron a confundirme en el cálculo, hambriento de los peces que las paleoturdillas abandonaban carcomidos y ambulante de las playas, olvidado de todo calendario que no fuera el de esperar por un milagro del horizonte que me anunciara las velas de una nave. Subíme aquella jornada, como era mi periódica costumbre, al promontorio que corona la ínsula por su punta oriental llevando conmigo una piedra irisada que había pulido durante largo tiempo por hacer guiño de luz desde la altura a quien pudiera avistarme. Era el último día del mes que los naturales de la ínsula llaman «del esplendor», y estaba la marea en su apogeo del trigésimo quinto grado. Púseme de frente al sol y comencé a hacerle señales al mar abierto. Pendido del pecho llevaba un cuerno muy sonoro por avisar con su rumor del engaño menguante de la isla a cualquiera nave que la fortuna quisiera producir. Al cabo de enviar luces al horizonte levantóse una brisa dulcísima, como nunca había conocido en la ínsula, y un bando de aves jamás vistas, cuya blancura cegaba, cruzó sobre mí. Tras la estela aérea que dejaron vi en la lejanía una nave airosa elevada del mar. Oí entonces un blandísimo canto a mis espaldas, como rumor de hojas mecidas, o como campo de centeno asentado por mano del sembrador, y al volver los ojos se había hecho la noche. Una procesión de luces ganaba el promontorio y al irse acercando a mi postura pude ver que no era aquella senda luminosa sino ordenada procesión de paleoturdillas. Las que así ascendían usaban gorguera emplumada y eran de cuello tan espigado como no había visto otras en esta parte, y muy solemnes en el paso. Cada una soportaba en el pico una vela que no se consumía y traían la vista puesta en la nave volandera. Llegadas a mi altura formaron media luna con la curva entrante hacia el oriente, en señal de bienvenida, y con grande gentileza y tanta piedad como no conocen muchos bautizados que con solo ese signo se juzgan merecedores de la gloria, postráronse devotamente y quedaron en piadoso silencio hasta que la nave asentó su forma sobre nuestras cabezas. Tornó entonces el día, y como por milagro, las ceras encendidas tomaron forma de olorosos lirios. En ese momento descolgóse de la nave una escala de humo y por ella descendió muy gentilmente un niño que todo era fulgor. Poniendo desnudo pie en la roca vino a mi encuentro, me abrazó y pronunció mi nombre con tal dulzura en el oído que ya no tuve duda de que el mismo Salvador del mundo había venido a rescatarme de tan triste destierro. Antes de que me tendiera su mano amiga para guiarme a bordo de la nave, vinieron las paleoturdillas a hacer asamblea en torno suyo y con dignísimo decoro, la que parecía más hermosa de todas, ofrecióle un huevo dorado del tamaño de una nuez. Tomólo el niño entre sus manos y, sonriéndome, lo estrelló de pronto contra mi frente. Sentíme al punto invadido de beatitud, derramado de gracias y paciente de una lluvia de venturas que me llenó de lágrimas los ojos. Cuando torné a abrirlos estaba otra vez en la soledad de mi estudio, con la cabeza recostada sobre el papel, que tenía el mismo color que las arenas soñadas de Helligolad. Miré en torno mío secándome los ojos y enfrentéme a la aridez de las enciclopedias y a los tristes grabados de aves, a la esfera armilar que ignora tantas ínsulas remotas y a los cajones penumbrosos de pergaminos. La vela era casi fenecida pero bastábase a derramar tibia luz sobre el escritorio y a rescatar de la tiniebla de un rincón, un pálido temblor que mis ojos aún dormidos no acertaron a reconocer. Tomé aquel fulgor entre los dedos y todo habría quedado en puro sueño, pensé entregándome del todo a la vigilia, si no fuera porque nevaba en las ventanas y la llaga de luz que palpitaba ahora sobre mi mano abierta, era una plumita rizada, como una onda de oro breve en medio de la pródiga noche de mi redención.

(*) Tampoco hemos hallado más noticias del sastre Cerrillo, que es apellido bien documentado en Béjar desde la invención del telar. Con todo, no dudamos de que habrá cumplido su promesa textil, aunque solo fuera por guardarse de una nueva recriminación del chotacabras, que en episodios de ira ciega madurada por antiguas deudas de tafurería, suena: *keteamá, keteamá, keteamachá, colacabé-zati*.